

LECTURAS

Un vecindario de gentes ilustres

El barrio recoge los diez volúmenes de "señores" ideados por el luso **Gonçalo M. Tavares**



EUGENIO FUENTES

El lector que se acerque a la serie de conferencias que el señor Eliot (T. S., claro) dicta cada tanto en su barrio gozará de una hilarante y paródica disertación sobre un verso de Sylvia Plath ("No soy nadie; no tengo nada que ver con explosiones"). Es, además, muy probable que en la sala alcance a codearse con un público tan menguado como selecto: **Manganelli**, organizador del acto; **Borges, Breton, Swedborg**, sumido en complejas cogitaciones geométrico-morales, o **Balzac**. Hasta puede que entre **Andy Warhol**, eche un vistazo y, convencido de la atroz lejanía del minuto de celebridad más cercano, abandone el local. Esto ocurre porque Eliot pronuncia sus dantescas charlas en algún local de **El barrio**, o **El barrio**, como bien saben los afortunados poseedores del secreto, es una feliz cuadrícula urbana donde se agolpa la mayor concentración de pensadores y narradores conocida.

El barrio nació, como varias decenas más de ideaciones, en una cabeza privilegiada, la del portugués **Gonçalo M. Tavares**. Profesor de Teoría de la Ciencia en la Universidad de Lisboa, Tavares se dio a conocer en 2001 con el poemario *Livro da Dança*. Tenía apenas 30 años, pero durante los cinco siguientes inundó el mercado con la vasta producción que ya reventaba sus cajones. Y desde entonces



El barrio
GONÇALO M. TAVARES
Prólogo de Alberto Manguel
Seix Barral
552 páginas, 22,50 euros

no ha parado, como pudieron comprobar hace un año quienes gozaron en castellano de su epopeya *Un viaje a la India* (2010). En el poblado paisaje de Tavares destacan dos grandes edificios: las cuatro novelas del ciclo *El reino*—escalfante merodeo en torno al mal—y los hasta ahora diez breves volúmenes del ciclo en construcción de *El barrio*, publicados en portugués entre 2002 y 2010. Tres de ellos vieron la luz en castellano en 2006 y 2007 (Mondadori), pero el resto del tren acabó quedándose en vía muerta.

También conocido como ciclo de "Los señores", *El barrio*, que ahora se publica íntegro, es, además de una trampa para "listopardillos", el contrapunto y complemento del tenebroso Reino. Por él circulan caricaturescos personajes sin carnalidad que, a partir de algún rasgo que los vincula a su nombre, ametrallan al lector con actitudes, asertos, sueños, miedos o perplejidades. De ellos, y del recurso a la brevedad, se sirve Tavares, maestro del fragmento, para disparar un caleidoscopio de ráfagas filosóficas que ponen en apuros las ideas recibidas y escarban en los límites del pensamiento de raíz aristotélica. Así **Valéry, Henri (Michaux), Brecht, Juarroz, Calvino, Kraus, Walsler, Breton, Swedborg** y Eliot dan pie a Tavares a explorarse sobre lógica, enciclopedismo, éxito, pensamiento, bosques, paseos, entrevistas, política, investigaciones geométricas y conferencias. Seguro que habrá más volúmenes, pero, de momento, pueden deambular, es sólo un ejemplo, por el enjambre de jefes y jefecillos que pueblan *El señor Kraus* y la política. Seguro que, además, luego lo cuentan por ahí.

La novela de un novelista

El retorno editorial de **Rosa rosae** de Víctor Botas



EDUARDO SAN JOSÉ

Recuperada hoy prácticamente inédita treinta años después de escrita, la intrahistoria de *Rosa rosae* le fue añadiendo a la novela de Víctor Botas (Oviedo, 1945-1994) un aura mítica, incubada en el tiempo que permaneció a la vez editada y sin publicar: varada en los hangares de una editorial desaparecida cuando el libro estaba por distribuirse, tras algún avatar, siete años después de terminada, en 1985. Una novela que nos lleva a la Roma antigua para devolvernos a la España del momento.

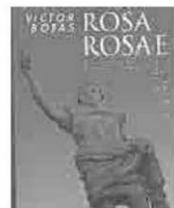
Confirmación y sorpresa. Al fin, la obra guardaba lo mejor de las confirmaciones y de las sorpresas. La sorpresa es para quien, como yo, solo hubiera leído a Botas poeta. El cambio del género habitual de un autor suele saltar y a veces ofender a la vista, en poemas de narrador o novelas de poeta; pero no es el caso. Por eso traigo aquí el título de **Palacio Valdés**, su autobiografía *La novela de un novelista* (1921). Ciertamente que Botas tiene su obra narrativa (las novelas *Misturbaciones*, de 1983; *Yanira*, de 1996; y los cuentos de *El humo del Vesubio*, de 1997), pero quien no la conozca se sorprenderá ahora de la disciplina y humildad con que se adapta a otras exigencias genéricas.

La confirmación es el Botas poeta, que sigue siendo lo mejor del libro. La novela termina de gustarse como poesía, y no será difícil encontrar algún hexámetro en prosa: elegía, epigrama, oda; todo verso salvo el épico cabe en estas saturnales

de una sociedad corrompida en su raíz. El sensualismo pagano y el epicureísmo cínico de la Antigüedad se demoran en los triclinios de Baco, los mercados de Ceres o la campaña bucólica. Pero lo primero será avisar de que no estamos ante una novela histórica. Como *La muerte de Virgilio* o *Memorias de Adriano*, indaga en los resortes del poder, pero Botas evita la reverencia al pasado y el añejamiento idealizador. Los personajes, mundanos y apicarados, hablan y malhablan con modismos de los años ochenta, mientras la narración se plaga de anacronismos. Es un retrato de época que el autor intenta que sea el patético y cómico espejo de la suya, pero por el camino opuesto de la novela histórica: que nuestro ruedo ibérico salga disfrazado para una de romanos. Por ese sencillo recurso empieza no la sátira, sino el salnete.

La novela transcribe las memorias de un tal Cayo Damnatius a sus noventa años, un texto filtrado por copistas y eruditos que le llega a un Botas que se finge autor-editor, en el tópico del manuscrito encontrado. La memoria se trufa así no solo de mediaciones y contrapuntos —los ácidos comentarios metatextuales de sus escribas—, sino de olvidos y mentiras. La principal radica en el salto temporal que promedia el relato, para marcar el paso de una idealización hipocrita de la memoria vital al amargo desencanto de la vejez. Pero el resultado narrativo no deja percibir cambios reales en la voz o la mirada: la única gran falla de una novela de complicada ejecución.

«No le toques ya más, que así es la rosa». La inmersión de Botas en la Roma clásica poco tiene que ver con el cultura-



Rosa rosae
VÍCTOR BOTAS
Prólogo de Juan Bonilla,
Epílogo de Carmen Morán
Espuela de Plata, 426 páginas

lismo escapista al que entonces acostumbraba la poesía de los Novisimos, y sí con una alegoría moral y estrechamente política de los tiempos que corrían; que, hay que recordar, no son otros que los de 1983 a 85 en que escribe. Una época de cambio, con la llegada del socialismo felipista a España tras la apabullante mayoría absoluta del PSOE en 1982. Pavor confeso del autor, invito a leer en esta clave la novela, nunca exenta de fina autoironía.

El relato nos emplaza en los últimos días de la República y los albores del Imperio. Hijo de un alto funcionario de Octavio Augusto, nostálgico él, sin embargo, de los viejos tiempos, Damnatius ingresa sin vocación a la burocracia imperial, mientras gasta sus horas como poeta en tertulias y burdeles. Huido a Rodas por un escándalo venéreo, convertido en inescrupuloso comerciante y luego senador, de su mano conocemos las latitudes ecuménicas, Tebas, Alejan-

Hombres famélicos

Nada que esperar, el relato directo de una vida atrapada en la Gran Depresión



ALFONSO LÓPEZ ALFONSO

Tom Kromer (Huntington, Virginia Occidental, 1906-1969) fue una de las muchas personas que protagonizaron la dura caída que afectó a millones durante la Gran Depresión de los años treinta. Uno de esos que "cansados de cargar con tanto peso, avanzan a duras penas por esta dura carretera", como cantaba **Gene Austin**. Gente que saboreó el polvo del camino sobre el que se irguieron imperecederas la voz de **Woody Guthrie**, la pluma de **John Steinbeck** y la mirada de **Dorothea Lange**. De no haber sido un joven de procedencia humilde en aquellos agitados momentos

del siglo XX —era hijo de un inmigrante checo, minero y soplador de vidrio, que murió joven a consecuencia de un cáncer— probablemente **Thomas Michael Kromer** habría logrado graduarse en la universidad y llegar a ser un acomodado profesor o un trabajador de cuello blanco bien remunerado. Sin embargo, nada sucedió así. La falta de recursos le hizo abandonar los estudios universitarios y con la Gran Depresión perdió el empleo. Consecuencia: durante más de cinco años fue un vagabundo.

Como tantos otros, viajó por Estados Unidos en trenes de mercancías a la caza de un trabajo que no llegaba. Pasó hambre, frío y enfermó de tuberculosis. Y esas experiencias le sirvieron para escribir una novela, *Nada que esperar*, publicada por primera vez en 1935. Junto al puñado de relatos de la misma temática que la



Nada que esperar
TOM KROMER
Traducción de Ana Crespo
Sajalín, Barcelona, 2015
214 páginas

acompañan es todo lo que publicó Kromer antes de dejar de escribir en 1937: "Escribí tal y como me iba naciendo, y el lenguaje que utilicé fue el lenguaje que utilizan los vagabundos, pese a que no es el más agradable del mundo. Garabateé fragmentos de este libro en papeles de fumar Bull Durham y en los márgenes de folletos religiosos. Los garabateé en vagones de mercancías, en centenares de albergues cristianos, en celdas y calabos-

La Brújula. POR EUGENIO FUENTES

dría, Tiro, Nápoles, Capri, Babilonia; desde los días romanos en que frecuentaba la tertulia de Mecenas junto a Horacio, Ovidio, Virgilio o Propercio. Nombres en quienes se puede y la epiloguista Carmen Morán ha querido ver un friso de la tertulia ovetense del café Oliver, aunque esas claves dudosas se pierdan ya en el orden de los chistes privados. Sobre vive, en cambio, el autorretrato del hombre de negocios que nunca dejó de contemplar el mundo poéticamente (p. 296); escritor ágrafo o secreto, saturado de autocrítica (p. 308). Una semblanza compleja, más mosaico que busto.

La transición entre los tiempos republicanos, senatoriales y patricios y el nuevo cesarismo octaviano no necesita mayor traducción al contexto real de la novela. El desprecio mezclado con el temor que Damnatus siente hacia aquella patulea de arribistas hijos de libertos que proscribirían la esclavitud para hacer, a todos, esclavos del Estado expresa ciertos miedos contemporáneos que propagaban que el socialismo llegaba a España para que vistiéramos mono azul y alpargatas, mientras los medios de producción eran expropiados para la maquinaria estatal. La rosa que turbaba a Botas no era solo la del tópicos elegíaco; el terror púrpura del manto de César Augusto era poco al lado del terror rojo de Felipe González. No necesitó tanto, sin embargo, aquel gobierno para tranquilizar esos temores; para convertirse, incluso, en el conjunto de sus fantasmas. Qué extrañas pueden sonar, andando el tiempo, aquellas precauciones del cambio. Y cuánto recuerdan a nuestro «hic et nunc» político, a poco que se ensaye la traducción.

Pero esta lectura política es solo una de las cosas que hacen que, leída treinta y pico años después, a la novela no le hayan salido arrugas, sino lustre renovado, como la rosa, la inmarcesible rosa, coincidiendo no solo con un momento político parecido, sino con una prosa de autoficción endémica y juegos textuales «à la Borges», con Peruchio y Cunqueiro modelos redivivos y la novela en su misma mala salud de hierro. Ni las aguas del río de Heráclito ni las del Tiber podrán ser nunca las mismas; pero la rosa así es, inmortal.

zos, en cobertizos ferroviarios y en pensiones de mala muerte», nos advierte el autor en una nota autobiográfica.

El relato está armado con una prosa directa y transparente, sin apasionamiento ni victimismo. Kromer describe sin énfasis el mundo hostil que le toca a todo aquel que se sale del sistema: «Resulta que estos vagabundos se han metido en el albergue porque no tienen otro lugar donde protegerse del frío y va y ese maldonado les pide que se levanten y expliquen lo que Dios ha hecho por ellos. Yo puedo decirle lo que Dios ha hecho por ellos: nada de nada, absolutamente nada. Pero no se lo digo. Aquí dentro hace calor y ahí fuera hace frío».

Dos décadas antes de que Allen Ginsberg profririera su Aullido, Kromer plasmó el de toda una generación que se perdió entre los vértices del paro, el hambre, los albergues, la mendicidad y los trenes de mercancías a la manera de El emperador del Norte. Y lo que es más importante, demostró que para escribir una obra maestra, llena de vida y dolor, pero también de ironía y lucidez, no hace ni pizca de falta engalanar el estilo. Basta con tener algo que contar y contarlo en lenguaje llano y con la mayor transparencia posible. Kromer sabía que por ser oscuro no se es mejor escritor. Y dijo lo que tenía que decir: breve, alto y claro.



La Antártida de Lovecraft vista por Breccia para "En las montañas de la locura". | E. BRECCIA / LIBROS DEL ZORRO ROJO

La única novela de Poe y sus ecos en el mundo de Lovecraft

Narración de Arthur Gordon Pym y En las montañas de la locura, en dos espléndidos volúmenes ilustrados por los argentinos Scafati y Breccia

En parte novela de aventuras marítimas y en parte novela de horror sagrado, la Narración de Arthur Gordon Pym, de Poe, fue publicada inconclusa en 1838. Muchas han sido las interpretaciones que se han dado a esta falta de remate de la única novela del maestro del relato. Una de las más seductoras es la del final abierto: tras una truculenta secuencia de catástrofes marítimas —motines, naufragios, bajeles de los muertos, canibalismo, escaramuzas con nativos; todo ello descrito con una crudeza inusitada para la época y sin dar respiro al lector—, la narración se interna en un tramo irracional en el que la fauna y flora «negras» de la Antártida se contraponen a un mar y a una lluvia blancas que, entre hallazgos de extrañas inscripciones, anticipan un combate apocalíptico que nunca se desencadena. Y ahí es donde, un siglo después, en 1931, entra en juego con toda consciencia Lovecraft.

El mago de Providence, la mente más fértil y retorcida del fantaterror clásico, recoge la antorcha de Poe y la lleva a su territorio de horrores indescriptibles, ambientes malsanos y fuerzas primigenias. Como Poe, también Lovecraft dedica a la Antártida su narración más extensa, pero además la salpica de guiños al Gordon Pym. La aproximación de los geólogos expedicionarios de la Universidad de Miskatonic al Sexto Continente incorpora, como cabe esperar, todos los medios disponibles en el primer tercio del siglo XX y los pone al servicio del conocimiento, aún muy fragmentario, que se tiene de esa tierra en gran parte ignota. De ahí que la lanzadera del horror sea un vuelo en aeroplano hacia una tenebrosa cordillera, grande como el Himalaya y rematada por extraños cubos y accesos a temibles cavernas. Del navío al aeroplano media una distancia igual a la que separa los escalofríos de Poe y Lovecraft ante los confines donde lo racional pierde sus contornos.

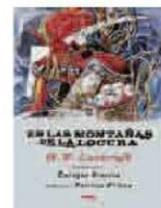
La narración de Arthur Gordon Pym y En las montañas de la locura llaman,



Insurrección a bordo, ilustración de Scafati para el "Gordon Pym". | L. SCAFATI / LZR



Narración de Arthur Gordon Pym
EDGAR ALLAN POE
Ilustraciones de Luis Scafati
Prólogo y traducción de Julio Cortázar
Libros del Zorro Rojo
248 páginas, 19,90 euros



En las montañas de la locura
H.P. LOVECRAFT
Ilustraciones de Enrique Breccia
Traducción de Patricia Wilson
Libros del Zorro Rojo
164 páginas, 19,90 euros

pues, al unsono al lector desde los anaqueles de las librerías, y ahora lo hacen enlazadas por un nuevo vínculo: las ediciones ilustradas que, a cargo de dos relevantes artistas gráficos argentinos, ha editado Libros del Zorro Rojo. Mientras el mendocino Luis Scafati se lanza con su pluma expresionista de trazo nervioso a dar cuerpo en blanco y negro a los

fantasmas de Poe, el bonaerense Enrique Breccia hace un despliegue de color e imaginaria —alucinada y barroca, y por tanto mortífera— para capturar la esencia de los eónicos abismos lovecraftianos. Dos impresionantes creaciones de nuevo cuño para enriquecer dos pilares inconvertibles de la mejor literatura fantástica.